

José Jiménez Lozano y la libertad religiosa

CARMEN HERRANDO

Resumen

A pesar de haber recibido numerosos y prestigiosos galardones de las letras, José Jiménez Lozano es un escritor «marginal», apenas conocido. En su obra sobresalen hondas reflexiones sobre la fe, en las que ofrece claves esenciales acerca de la particular religiosidad de los españoles, por medio de análisis de grandísima lucidez. En él la libertad es un hilo conductor cuyas raíces se asientan en la fe, el mayor tesoro de los seres humanos. A resaltar asimismo su visión del Viernes santo, tan presente en sus cuentos o en la importancia que da a los pequeños y a los olvidados, así como a las cosas sencillas, y su querencia por el jansenismo francés del siglo XVII.

Palabras clave

Libertad, fe, literatura, religión, jansenismo.

Abstracts

Although he received numerous prestigious literary awards, José Jiménez Lozano is a hardly known «marginal» writer. His work includes profound reflections on faith, in which he offers essential keys to the particular religiosity of the Spanish soul, through analyses of great lucidity. In his work, freedom is a guiding thread whose roots are in faith, the greatest treasure for the human being. His vision of Good Friday, so present in his stories or in the importance he gives to the little ones and the forgotten, as well as to simple things, and his attachment for the French Jansenism of the 17th century also stand out.

Keywords

Freedom, faith, literature, religion, Jansenism.

Desde Lactancio sabemos que «solo hay religión allí donde la libertad se encuentra como en su propia casa» [...]. La Iglesia es la casa de la libertad, y solo una opinión pública absolutamente libre en ella puede librarnos de esa herejía, peligrosa entre todas las herejías, que es la cripto-herejía, el cripto-pensamiento: esos pensamientos envenenados por el miedo o la prudencia, esas erróneas concepciones del cristianismo que nunca pudieron ser condenadas porque nunca se manifestaron, y, sin embargo, siguen rigiendo la vida de muchas gentes. Solo en la libertad puede construirse, por otra parte; y al cristiano nunca se le ha pedido que no piense por su cuenta, máxime cuando la Iglesia sabe muy bien que Dios puede hablar por la boca de la burra de Balaam y del último de los cristianos. Solo se le pide que someta luego su pensamiento al contraste de la Jerarquía, que, sin embargo, jamás debe apagar la mecha que humea, ni la más leve de las vocecillas de los hijos de Dios.

(José Jiménez Lozano,
La ronquera de fray Luis y otras inquisiciones).

José Jiménez Lozano murió el 9 de marzo de 2020 a los casi noventa años. Si estas Jornadas teológicas se hubiesen celebrado en su primera convocatoria, estas palabras que pronuncio ante ustedes habrían servido como conmemoración del aniversario de su muerte. No pudo ser entonces. No obstante, agradezco de corazón que se haya pensado en él para estos encuentros. Estamos ante un escritor erudito donde los haya, de planteamientos claros y, en cierto modo, proféticos, advertidores, avisadores, como le habría gustado decir a él...

Tres aspectos quiero destacar de su obra en lo que a la teología o, mejor, a su propia manera de entender la religiosidad vinculada con la vida, se refiere. Pero comienzo señalando, como hipótesis principal que pretenden asentar estas palabras que a ustedes dirijo, que en José Jiménez Lozano la libertad es un hilo conductor cuyas raíces se asientan en gran medida en la fe: puede decirse, en efecto, que la fe en Jiménez Lozano es un auténtico venero de libertad, «lo más grande que los Cielos han dado a los seres humanos», palabras de Miguel de Cervantes que tantas veces recordó nuestro autor. El principal sentido de la fe, en este literato que solo se consideraba «escribidor», es el agrandamiento de la libertad en el ser humano. Comenzaré, pues, hablando de su libro sobre la libertad religiosa, tema de fondo de esta disertación, para destacar después otros dos aspectos de los que puede decirse pertenecen a la propia «teología» de Jiménez Lozano, a su manera de creer y entender a Dios (me detendré en su atención a la heterodoxia, pero cabría fijarse en su visión del Viernes santo, tan presente en sus cuentos, o en la importancia que da a los pequeños y a los olvidados, así como a las cosas sencillas), y su querencia por el jansenismo francés del siglo XVII.

Jiménez Lozano es un autor impresionante, pero ha sido un escritor ciertamente «marginal», a pesar de haber recibido el Premio Cervantes en 2002 y otros premios prestigiosos de las letras españolas. Aunque estudió Derecho y a punto estuvo de ser juez, persuadido de que en realidad nunca podría juzgar a nadie, abandonó la carrera hacia la judicatura y la trocó por la de «escribidor» –como a él le gustaba decir–, comenzando su trabajo como periodista en *El Norte de Castilla* cuando era director del diario Miguel Delibes. Delibes lo envió a Roma para seguir de cerca el desarrollo del Concilio Vaticano II (también sería corresponsal de la revista *Destino*, donde escribió reflexiones hondas sobre la fe, y en cuya editorial publicó buena parte de su obra); terminado el Concilio, Jiménez Lozano publicó un libro fundamental: *Meditación española sobre la libertad religiosa* (Destino, 1966). El texto ha sido reeditado por la editorial Encuentro, pero las referencias que daré son de la edición primera. En él, Jiménez Lozano ofrece claves esenciales sobre la particular religiosidad de los españoles, mediante una reflexión de grandísima lucidez. Buena parte del contenido de este libro fundamental se nos brinda en la recientemente publicada *Correspondencia 1967-1972* entre Américo Castro y José Jiménez Lozano¹.

La cuestión de la libertad religiosa

Comienzo presentando esta correspondencia para destacar después aspectos centrales de la *Meditación española sobre la libertad religiosa*, una reflexión en clave española hecha a partir del documento *Dignitatis humanae*, emitido el 7 de diciembre de 1965; en este documento se declara la libertad religiosa, un tema «espinoso», sobre todo en una España inmersa aún en el «nacionalcatolicismo».

Jiménez Lozano comienza su correspondencia con Américo Castro a raíz de la publicación de *Meditación española sobre la libertad religiosa*; esta relación epistolar duró cuatro intensos años: desde el verano de 1967 hasta la muerte de Castro en 1972. Fue Jorge Guillén quien habló al filólogo granadino² del libro de Jiménez Lozano y quien indicó a éste que enviase un ejemplar a Américo Castro, que vivía en California, pues había terminado su carrera docente en la Universidad de San Diego (era profesor emérito de la de Princeton tras haber enseñado en varias universidades americanas). A pesar de lo mal vista e incluso

¹ AMÉRICO CASTRO Y JOSÉ JIMÉNEZ LOZANO, *Correspondencia 1967-1972*, Trotta, Madrid, 2020. Edición crítica con introducción y notas de Guadalupe Arbona y Santiago López-Ríos.

² Américo Castro nació en Brasil (en Cantagalo, Estado de Río de Janeiro, en 1885), pero se criaría en la provincia de Granada.

condenada que estaba en España la obra de Américo Castro, José Jiménez Lozano halló en ella una luz especial (sobre todo en *España en su historia. Cristianos, moros y judíos*, publicada en Argentina en 1948 y reeditada en varias ocasiones con revisiones y nuevas aportaciones de su autor)³. Una de estas reediciones fue la de 1965 (México, ed. Porrúa), poco antes de que Jiménez Lozano presentara su *Meditación*. Américo Castro había escrito *España en su historia* en gran parte para tratar de comprender el fenómeno terrible de la guerra civil del 36; es un libro escrito, pues, desde el dolor, y animado por un gran esfuerzo intelectual que intenta entender un hecho sumamente desgraciado. A comienzos de 1967, Castro leyó en la revista *Destino* el artículo «Dos catolicismos diferentes», de José Jiménez Lozano, un autor desconocido para él, y quedó muy sorprendido al ver sus tesis plasmadas en aquel escrito de cuyo autor no tardaría en hablarle Jorge Guillén. El 26 de mayo de 1967, Guillén manda a Américo Castro estas palabras:

Aquí tengo un librito, modesto y animoso, *Meditación española sobre la libertad religiosa*, de un paisano mío, más aggiornato que Maritain, cuyo prudente *Paysan de la Garonne* acabo de leer. José Jiménez Lozano no solo le cita a usted muchas veces. Es que su visión de la historia religiosa española tiene dentro, ya asimilada, la visión de usted⁴.

Meditación española sobre la libertad religiosa es un libro dedicado al papa Juan XXIII (de quien Jiménez Lozano escribió una biografía); esta es la dedicatoria que figura al comienzo:

A la entrañable memoria del papa Juan XXIII, un alto símbolo de la libertad y de la fraternidad humanas. Y una «ventana abierta» en la Iglesia de Dios tras seculares miedos e inmovilismos cristianos. Hizo a la Iglesia acogedora para los hombres de hoy y de mañana. Tuvo el valor de encarnar la libertad, la pobreza y la debilidad evangélicas. Abrió las puertas de un mundo nuevo. Amó a todos, pero especialmente a los humildes y pequeños. Será inolvidable.

El libro empieza con una «Justificación», en la que podemos leer estas palabras que plasman la intención de Jiménez Lozano al escribir esta *Meditación*:

La imbricación de nuestro sentimiento religioso con sentimientos de toda otra clase: patrióticos, sociales y hasta económicos creo que necesita ese deslinde y explicación de los que este libro es solo un apunte o esbozo. Pero esta necesidad era sobre todo urgente ahora, en esta circunstancia en la que un tema como el de la libertad religiosa ha levantado toda una llamarada de pasiones en cristianos sinceros, sin duda alguna, pero no suficientemente avisados de

³ *España en su Historia* (1948) se reeditaría más tarde como *La realidad histórica de España* en 1954, 1962 y 1965, esta última en la editorial Porrúa de México.

⁴ AMÉRICO CASTRO Y JOSÉ JIMÉNEZ LOZANO, *Correspondencia 1967-1972*, p. 23.

su propia contextura mental y sentimental que no les permite ver que la libertad humana, de la que la libertad religiosa es solamente la expresión más profunda, es el principio básico del cristianismo y su gran fermento en el universo pagano de opresiones y tabúes, que asfixiaban el espíritu humano hasta la venida de Cristo⁵.

La libertad como principio básico del cristianismo es lo que plantea con suma claridad Jiménez Lozano; se trata de la tesis central de este ensayo, tan necesario hoy como cuando fue escrito. La libertad es el hilo conductor de toda su obra, y me atrevo a decir que también de su propia vida.

Partiendo de esta certeza y volviendo al libro, surge la pregunta: ¿Qué es lo que plantea Américo Castro y tanto atrae la atención de Jiménez Lozano, hasta llegar a compartir sus tesis en lo que a la historia de España se refiere? ¿Dónde halla claves el profesor emérito de Princeton para explicar la crueldad y el caninismo de nuestra última guerra civil, que es por lo que se pregunta en primer lugar? ¿por dónde rastrea él las raíces de semejante comportamiento entre españoles? Castro se remonta –y Jiménez Lozano le seguirá en ello– hasta nuestra particular Edad Media.

Las tres leyes

Podríamos resumir la tesis de Castro con estas palabras suyas citadas por Jiménez Lozano: «La religión española está basada en un catolicismo muy distinto del de Roma y Francia, para no hablar del norteamericano. Es una forma de creencia característica de España, solo inteligible dentro de la peculiar disposición “castiza” de su historia. La religión española ha de ser referida a los 900 años de entrelace cristiano-islámico-judaico»⁶. Esta «peculiar disposición castiza» por la que viene marcada la historia de España es clave para ambos autores, y sobre ella y sus consecuencias se construye *Meditación española sobre la libertad religiosa*, donde Jiménez Lozano se refiere a la relación cristiano-judeo-islámico del medioevo: «... De no haber sido España, durante toda la Edad Media –escribe–, frontera pacífica hoy y sangrienta mañana, frontera espiritual y física de esas tres maneras de ser hombres, de muy otra manera sería también nuestra contextura religiosa de ayer y de hoy». Y añade a seguido que en esas circunstancias: «el cristianismo español se vio precisado a defender su credo y el suelo de su patria frente a los moros y los judíos y luego, al convivir en paz con ellos no pudo

⁵ JOSÉ JIMÉNEZ LOZANO, *Meditación española sobre la libertad religiosa*, Destino, Barcelona, 1966, p. 11.

⁶ Cfr. *Ibid.*, p. 29.

evitar que ese mismo credo y las actitudes espirituales en que se expresaba quedasen contagiados del judaísmo e islamismo, entrañables enemigos fraternales del catolicismo español»⁷.

En efecto, José Jiménez Lozano presenta la realidad medieval española teniendo como centro esa «conjunción de talantes» (judíos, moros y cristianos) que quedaban plasmados, en no pocas ocasiones, en este hecho: que sinagogas y mezquitas pasaban a ser templos cristianos con la misma facilidad con que las iglesias pasaban a ser mezquitas, y se daba un rito mozárabe que aún permanece hoy y del que quedan señales y restos en tantos cantos litúrgicos de pueblos de nuestra geografía. Fue así, entre luchas y convivencia, como se fue formando en nuestra Edad Media el sentido de «casta», en torno a esos tres talantes —o tres leyes— y al «gobierno clerical de rabíes y alfaquíes entre moros y judíos y de clérigos entre cristianos»⁸, que iría aportando ese sentirse cada una de las castas como si fuera una suerte de pueblo escogido, pues cada casta, en esa real convivencia, se iría «contagiando» de las otras dos⁹. Presenta el autor esta realidad de convivencia y lucha como la generadora de esos «tres talantes», que provocó, por ejemplo, que «los primeros pogroms judíos de Sevilla, llevados a cabo por cristianos en 1391, azuzados por la siniestra figura del arcediano de Écija, Ferrand Martínez, son coetáneos de los pogroms judíos, andaluces también, y llevados a cabo por los moros, acaudillados por los alfaquíes»¹⁰. Y también extrae de esta vivencia —o de esta «vividura», como hubiese dicho Américo Castro— las exigencias posteriores de limpieza de sangre que darían lugar a la Inquisición española, inspirada, según el autor, en la inquisición rabínica más que en la vieja Inquisición medieval¹¹. A esto habría que sumar el enorme peso religioso que dejaron en España los conversos, aunque serían precisamente ellos quienes aportarían un espíritu bien distinto del belicoso e intolerante que acarreó la realidad que se acaba de comentar.

Jiménez Lozano ilustra la situación de la España medieval con numerosos ejemplos, muchos de ellos conocidos por documentos sacados a la luz por historiadores relevantes de nuestra historia, pero no pocos de entre los mismos hallados y trabajados por él en archivos municipales o parroquiales de pueblos castellanos; a ellos añade el testimonio del arte de tantas iglesias o ermitas de

⁷ *Ibid.*, p. 30.

⁸ *Ibid.*, p. 31.

⁹ Similar al «contagio» de protestantismo que se da en la Contrarreforma por querer combatir con tanto celo a los protestantes, como muestra Aranguren en *Catolicismo y protestantismo como formas de existencia*, de 1952.

¹⁰ JOSÉ JIMÉNEZ LOZANO, *Meditación española sobre la libertad religiosa*, p. 31.

¹¹ *Ibid.*

Castilla, de las que es buen conocedor, y entre las que destaca la ermita de San Baudelio de Berlanga, en Soria, sobre la que escribe mucho, sobre todo en su *Guía espiritual de Castilla*.

¿Y qué podrían pensar un curial o un canonista europeo ante las pinturas de la ermitilla de san Baudelio de Berlanga [...], que solo evocan la vida y la luz, y, donde bajo la paradisíaca palmera solo hay animales encantadores, primigenios o transfigurados, e igualmente paradisíacas escenas llenas de vida y de amor a la vida? Ni rastro hay allí de mención de la culpa original y sus efectos, ni rastro de la muerte o de la ciénaga del infierno¹².

Los ejemplos que Jiménez Lozano ofrece sobre aquella convivencia, tanto en *Meditación española sobre la libertad religiosa* como en una obra posterior: *Sobre judíos, moriscos y conversos. Convivencia y ruptura de las tres castas* (1982), son muy ilustrativos y apoyan las tesis de Américo Castro. Pero podrían citarse más obras de nuestro autor, como la *Guía espiritual de Castilla*, *Nosotros los judíos* y numerosos artículos y cuentos que hablan de nuestra historia pasada y la alumbran admirablemente.

Pero uno de los puntos centrales del trabajo de Jiménez Lozano es mostrar que en la circunstancia medieval hispánica acabó triunfando la figura del «cristiano viejo» como ideología dominante en el siglo XVI –así lo presenta la hispanista Rosa Rossi en varios estudios y en su libro sobre Juan de la Cruz¹³– y como fruto del primer decreto de limpieza de sangre que entró en vigor en Toledo en 1449, y al que seguiría el estatuto de limpieza de sangre de 1547, aplicado también al clero por el entonces arzobispo de Toledo, cardenal Silíceo¹⁴; desde Toledo se haría extensivo a toda España, promovido precisamente por estos cristianos viejos.

El cristiano viejo es «xenófobo y misonista», y «belicoso» –dice Jiménez Lozano–; y «lo es el clero regular, sobre todo, particularmente las órdenes mendicantes, cuyos miembros se reclutan entre el pueblo y tienen una mayor tradición de lucha contra las herejías: dominicos y franciscanos»¹⁵. Pero el cristiano viejo es tal porque se dice ante todo «de sangre limpia», y es en este punto donde todo

¹² JOSÉ JIMÉNEZ LOZANO, *Sobre judíos, moriscos y conversos. Convivencia y ruptura de las tres castas*, Ámbito, Valladolid 2002 (tercera edición), p. 14.

¹³ ROSA ROSSI, *Juan de la Cruz. Silencio y creatividad*, Trotta, Madrid, 2 2010.

¹⁴ Lo implantó el cardenal Silíceo, cuyo nombre era Juan Martínez Guijarro. Era de origen campesino y su nombramiento despertó recelos en algunas familias aristocráticas, pero se amparaba en que los campesinos podían acreditar que eran cristianos viejos, ya que los judíos solían vivir en las ciudades y dedicarse a oficios bien identificados.

¹⁵ JOSÉ JIMÉNEZ LOZANO, *Meditación española sobre la libertad religiosa*, p. 32.

se enrevesa, dando paso al fenómeno de los conversos, que jugarían un papel fundamental en el siglo XVI y desde ahí en la entera Historia de España. La cuestión de los conversos es esencial para entender las particularidades de nuestro siglo XVI, momento en el que también se entreteje en buena medida el núcleo de la religiosidad española. No hay que olvidar que fray Luis de León, Teresa de Jesús o Juan de la Cruz proceden precisamente de familias de conversos. Pensando en ellos y en tantos otros, nuestro autor anota en su *Meditación* esta referencia a Julio Caro Baroja:

Julio Caro Baroja ha notado recientemente cómo toda y sola la literatura española en la que luce el espíritu de paz, dulzura, justicia, comprensión y crítica de la belicosidad y la violencia está hecha por conversos o descendientes de conversos¹⁶.

Y toda la obra de José Jiménez Lozano está plagada de trabajos magníficos, escritos con verdadero ardor desde su entraña más fecunda: Teresa de Jesús, Juan de la Cruz, Fray Luis de León [destaco *Precauciones con Teresa* (editado en 2015 como *Sobre Teresa de Jesús*, donde figura un trabajo de Teófanos Egido, y *El Mudejarillo* (1992), o su *Fray Luis de León* (2001)]. Los artículos y capítulos de libros sobre estos descendientes de conversos u otros conversos notables son numerosos, y en sus Cuentos también aparecen los conversos como víctimas de lo establecido y de los que denomina «hombres de negro», expresión con la que alude a cristianos viejos que tenían muy a gala su «sangre limpia».

Jiménez Lozano reconoce que la historia española no es una historia laica, sino una historia tejida desde la «vividura» de la fe, por más que se exprese en tantas ocasiones mediante fuertes manifestaciones de anticlericalismo, que no son sino reacciones al catolicismo beligerante que se fue gestando en nuestra particular Edad Media. Y que judíos, moriscos y conversos son «cosa nuestra»: «Nosotros no seríamos como somos si esa historia de las ‘tres naciones’, como se decía en la Edad Media, no hubiera estado ahí»¹⁷. Esa es la intuición principal de Américo Castro y la que inspiró a José Jiménez Lozano llevándole a adoptar una similar concepción existencial de la historia; nuestro autor se refiere al entendimiento de la historia al modo del teólogo Rudolf Bultmann, quien veía el acontecer histórico como *res nostra*, es decir, como algo que nos atañe directamente, y en eso equipara su visión a la de Castro, aunque Bultmann estuviese más cerca de los planteamientos de Heidegger y Castro, en realidad, de los de Dilthey¹⁸.

¹⁶ *Ibid.*, p. 31

¹⁷ JOSÉ JIMÉNEZ LOZANO, *Sobre judíos, moriscos y conversos*, p. 14.

¹⁸ *Ibid.*, p. 13

La inquisición y la realidad de los conversos

La instauración de la Inquisición en 1478 por los Reyes Católicos tuvo lugar en buena parte para dar solución al problema de los conversos, que comenzó a ser relevante ya en el siglo XV debido a las conversiones de judíos y musulmanes, muchas de ellas producidas como consecuencia de las persecuciones que sufrían los miembros de estas castas. Con ello, la cuestión de la «sangre limpia» se convirtió en una obsesión social y en un asunto de honra familiar (recordemos a Santa Teresa y el tema de la honra, tan presente en sus escritos y tan central en el caso de su familia). Los cristianos viejos ejercieron una gran presión frente a los conversos, dando lugar a la figura del malsín o denunciador privado, para quien los poderosos a los que informaba procuraban generar una clara imagen de limpieza o insospechabilidad en su ortodoxia, verdadero salvoconducto para tiempos de miedo y de rumores. De los malsines da extensa cuenta la obra de Jiménez Lozano. Los describe así:

Por la boca y los hechos innobles del malsín respiraban las pasiones más bajas y aldeanas, el espíritu de desconfianza, de revancha, de ambición, de envidia, de odio, de orgullo. El campesino hambriento y humillado por un banquero judío del XVI o por un intelectual cosmopolita del XVIII tenía la íntima compensación de sentirse de «casta limpia» frente al primero, de ser ignorante y fiel a la clerecía ante el segundo; de poder, en suma, partir en guerra contra ambos con la íntima convicción de vencerlos siempre de antemano, denunciándolos al Santo Oficio¹⁹.

Esta figura del malsín rebrotará sobre todo en la guerra civil de 1936; nuestro autor la considera «uno de los más irremediables daños de la institución inquisitorial, con enorme calado en la psicología religiosa patria»²⁰.

Si la vieja Inquisición tenía como fin reprimir la herejía cántara, la nueva Inquisición implantada en España no fue tanto la represión de otra herejía como, al menos en gran parte, una institución referida a comportamientos antropológicos y culturales distintos de los de la etnia o casta que dominaba políticamente y que pretendía encarnar ella sola y de manera completa tanto el cristianismo como la españolidad. Aquí está el núcleo de la hipótesis de nuestro autor.

La introducción en España de la Inquisición nueva significa que, en adelante, la ortodoxia católica vendrá definida no por notas teológicas o por los signos de la ortopraxis o práctica religiosa, sino por la sangre y la carne y por comportamientos antropológicos y socioculturales²¹.

¹⁹ JOSÉ JIMÉNEZ LOZANO, *Meditación española sobre la libertad religiosa*, p. 37.

²⁰ *Ibid*, p. 37.

²¹ JOSÉ JIMÉNEZ LOZANO, *Sobre judíos, moriscos y conversos*, p. 95.

De toda esta realidad será fruto la particular religiosidad española, que llegó a concebirse como identidad entre españolidad y catolicidad, generando así la ecuación «catolicismo = España», que, en palabras de Jiménez Lozano, hace que el español esté «en perpetua guerra consigo mismo, con los enemigos de su honor, su casta y su religión nacional, hasta nuestros días»²². Así se gestaría la belicosidad del catolicismo español y también su anti-intelectualidad, especialmente en el catolicismo popular que se vivía entonces y se sigue viviendo hoy entre nosotros. Y también, como explica Jiménez Lozano, «esa manera española de ser algo que santifica o sataniza por entero [y por la que] ha bastado ser católico o cualquiera otra cosa para estar excusado de toda virtud o bien tornarse de repente la encarnación misma de la maldad»²³.

Es importante señalar que nuestro autor se refiere a lo largo de su obra –también en cuentos y relatos– a ese *ersatz* de la Inquisición que se avivó tras la guerra civil y que dio lugar a situaciones existencialmente idénticas a las del pasado inquisitorial del XVI:

... control, desde luego, de la alimentación sin carne los días de abstinencia, del vestido o las diversiones y de la conducta sexual; control sobre los grupos religiosos minoritarios constituidos por las pequeñas comunidades protestantes, o de disidentes políticos desterrados en comunidades políticas y religiosamente ortodoxas, exactamente como los moriscos granadinos fueron distribuidos por Castilla después de 1568; miedo y escarmentos públicos a modo de autillos, prohibición de libros, ocultamiento de nombres y cambio de los mismos y simulación de residencias, misiones populares que equivalían a proclamación de edictos inquisitoriales y sermones de «exaltación de la fe» y hasta una especie de *pogrom* en Viernes santo²⁴.

Los conversos fueron los más perseguidos por la Inquisición nueva, pero también los que marcarían una nueva y más auténtica forma de ser cristiano: más vivida desde la propia existencia, más interior, más evangélica, más creativa. Estas palabras dan razón de esta realidad:

... es lógico que la mayoría de ellos [los conversos] se volviera hacia el almario de su alma y huyera del mundo, en el caso de nuestros místicos, por ejem-

²² JOSÉ JIMÉNEZ LOZANO, *Meditación española sobre la libertad religiosa*, p. 36.

²³ *Ibid.*, p. 115. Nota.

²⁴ JOSÉ JIMÉNEZ LOZANO, *Sobre judíos, moriscos y conversos*, p. 158. Se refiere a lo sucedido en un pueblo de la diócesis de Ávila el día de Viernes Santo de 1936, y que relata horroizado el sacerdote que fue testigo de aquellos actos de venganza sobre vecinos que regresaban de la «zona roja»; la venganza se produjo a pesar de las advertencias del sacerdote durante la celebración del Via Crucis, y dicho clérigo califica aquellos hechos de verdadera profanación.

plo; o que expresaran ese su vivir desviviéndose y en vilo en creaciones literarias de crítica finísima, un sentimiento muy hondo y una penetración y una simbología deslumbrantes, que a veces beben en los hontanares mismos de otras fes y culturas de sus antepasados a cuya ósmosis estuvieron abiertos²⁵.

Por eso, aquel catolicismo beligerante, en su lucha contra alumbrados, erasmistas o recogidos, y en su obsesión por la limpieza de sangre y el combate por la ortodoxia, acabó, lamentablemente, dando un sentido peyorativo a las palabras «mística», «místico» o «misticismo», o a la palabra «beata», y sintiendo verdadera aversión por cualquier práctica de vida interior. La Inquisición logró imponer sus dudas y recelos, y echaría «un sambenito de maldad moral contra quienes se apartan de algún modo del esquema colectivo de la religiosidad exterior o incluso de la conducta antropológica que la Iglesia ha determinado como única correcta: muy en concreto sobre la mujer que no se casa ni entra en un monasterio, y además pretende acercarse a la Biblia o a una cierta literatura espiritual y tener una religiosidad personal e interior no controlable»²⁶. Y los mismos recelos aparecieron ante la lectura de la Biblia, que hasta no hace tanto tiempo seguía siendo a ojos de muchos católicos un libro peligroso. Todo esto fue conformando «una religiosidad exterior y conformista, monolítica y sociológica más que personal»²⁷ que es la que caracterizó el catolicismo barroco al que daría paso nuestro siglo XVI.

La reforma que no pudo ser

Jiménez Lozano destaca que Américo Castro definió el erasmismo español como «una expresión del mesianismo y del utopismo de la época»²⁸. Pero no deja de comprender que el erasmismo fue «un intento gigantesco de acercar el catolicismo a su frescura y pureza evangélicas», al tiempo que significó «la crítica más violenta contra el clericalismo, el juridicismo, el belicismo, la riqueza eclesiástica, el aristotelismo y el misonéismo, en general, del catolicismo medieval y popular»²⁹. El erasmismo significaba además un catolicismo en el que el cristiano laico tenía su propio lugar. Se plantea ya aquí algo que echará muy de menos Jiménez Lozano en nuestro catolicismo patrio, y de cuya falta también se quejaba Aranguren: un cristianismo bien arraigado en las vidas de las personas o lo que Aranguren llamaría «catolicismo existencial». Jiménez Lozano ve este catoli-

²⁵ JOSÉ JIMÉNEZ LOZANO, *Sobre judíos, moriscos y conversos*, pp. 93-94.

²⁶ *Ibid.*, pp. 135-136.

²⁷ *Ibid.*, p. 137.

²⁸ JOSÉ JIMÉNEZ LOZANO, *Meditación española sobre la libertad religiosa*, p. 48.

²⁹ *Ibid.*

cismo que se desprende de las enseñanzas de Erasmo de Rotterdam, y que tanto predicamento tuvo en la España del siglo XVI hasta el comienzo de la Contrarreforma, como un cristianismo que realza la visión bíblica y patristica frente a la canónica, como una religiosidad que prefería «el sentido de la piedad y la paz» al belicismo que se había generado en nuestra tierra, o la «pobreza franciscana al tren principesco de vida» que llevaban algunos prelados³⁰. Porque recuperaba la sencillez cristiana volviendo al mensaje central del Evangelio. Los estudios del hispanista francés Marcel Bataillon, quien también mantuvo una intensa correspondencia con Américo Castro, dan muestra de ello, hasta el punto de que, en su *Erasmus y España*, proporciona una lista de hombres ilustres que asumieron estos ideales sin escorarse hacia ninguna herejía. Pero, como indica Jiménez Lozano, no era necesario ser erasmista para disentir y criticar la violencia cometida contra las conciencias o para promover la justicia y la fraternidad entre seres humanos. «Ni Fray Luis, ni Las Casas, ni Vitoria lo fueron. Ni lo fue Fray Hernando de Talavera. Ni otros mil», escribe, indicando que no es del todo exacta la relación entre cristianos nuevos y erasmismo o entre cristianos viejos y religiosidad tradicional, por más que en muchos casos tal relación se cumpla. Y lo que le parece esencial es «señalar en esos cristianos viejos de religiosidad abierta su propia conversión a estas ideas, a veces dramática», de manera que, como indica Bataillon, «no sería absurdo, ni histórica ni religiosamente, decir que los cristianos viejos que descubren el cristianismo espiritual vienen a ser ellos también ‘convertidos’»³¹, pues terminan abriéndose a una nueva forma de concebir el Evangelio desde el interior de la propia vida. Se da, pues, una relación estrecha entre este nuevo cristianismo abierto e intimista y los conversos.

Prácticamente todas las voces de piedad o que reflejan un agudo sentido de la justicia en la época, son voces de cristianos nuevos o de hijos de cristianos nuevos, y es que son estos sinceros conversos o sus descendientes los que, de ordinario, buscan en la Escritura y viven desasosegadamente su cristianismo, encontrándole su entraña evangélica, mientras que el «cristiano viejo» recibe su cristianismo, con frecuencia no lo vive sino muy pasivamente en las ceremonias y los sacramentos, y, desde luego, está obsesionado casi exclusivamente, con que el horizonte social y político en que vive sea católico, con el catolicismo político

³⁰ *Ibid.*, pp. 48-49.

³¹ En la nota 54 de *Meditación española sobre la libertad religiosa* da cuenta de ello al contrastar a «un Vitoria –cristiano nuevo– restaurador de la Escolástica, con un Carranza –cristiano viejo– abierto a las corrientes de renovación; con Valdés –cristiano viejo– defensor del espiritualismo radical con un Cano –cristiano nuevo– ‘el más fervoroso defensor de las tradiciones amenazadas’». La referencia a Bataillon figura también en esta nota, y es la siguiente: M. Bataillon, «L’Espagne religieuse dans son histoire», *Bulletin Hispanique*, LII, núms. 1-2, 1950, p. 24).

en suma. Con la unidad católica de su patria, que es su propia sustancia vital, y solo se encuentra atento a su defensa con la espada, al exterminio de sus enemigos³².

Así, en todo este proceso que se gesta en los siglos XV y XVI se forjaron esas «terribles, angustiosas confusiones del catolicismo español»³³ que Jiménez Lozano viene a resumir con estas palabras referidas a la realidad religiosa española del momento en que escribe su *Meditación*: «Nuestro problema es que somos cristiandad en una época en que todas las cristiandades han muerto y hasta quizás es providencial que hayan muerto». Pero como cristiano sincero no deja de añadir: «ni que decir tiene que el ser cristiano es también nuestro orgullo, siquiera por la sangre propia y ajena que nos ha costado el continuar siéndolo»³⁴. Todo esto explica que nuestra psicología católica sea de susceptibilidad y de guerra, y que haya generado un estar continuamente a la defensiva.

La Contrarreforma y el barroco fueron consecuencia de nuestro particular siglo XVI, en el que, como explica Aranguren, cuando el ortodoxo se enfrenta a la herejía, entra en el terreno de los propios herejes y se torna *contra-reformador*, es decir, se contamina del estilo de sus adversarios y se vuelve «grave, reservado, solemne, enlutado»³⁵, como aquellos cristianos reformados. A la obsesión con los conversos se sumaría, pues, la obsesión por la herejía, y con ella la intolerancia, más espíritu inquisitorial y un creciente desequilibrio entre los católicos españoles. Aranguren dirá que «el resultado de este doble proceso de *contra-reforma* y *contra-reforma* es que, aun salvándose, por supuesto, la ortodoxia, porque las puertas del Infierno no pueden prevalecer contra la Iglesia, se estrechan las perspectivas teológicas y se empobrece la verdad cristiana en cuanto vivida»³⁶. Y esto mismo subrayará Jiménez Lozano al comentar que se generó así la psicología básica del catolicismo contrarreformista, una psicología de orden y de miedo a la libertad, con un «infantil espíritu de autoengaño» y un claro «fetichismo por lo oficial»³⁷. Y a ello habría que sumar la profunda antiintelectualidad que generaría el miedo y por la que en España se llegó a equiparar cualquier tarea intelectual con el judaísmo o con el protestantismo³⁸. Todo esto hizo que el catolicismo

³² JOSÉ JIMÉNEZ LOZANO, *Meditación española sobre la libertad religiosa*, p. 49.

³³ *Ibid.*, p. 91.

³⁴ *Ibid.*, p. 92.

³⁵ JOSÉ LUIS L. ARANGUREN, *Catolicismo y protestantismo como formas de existencia*, tomo 1 de sus Obras completas (6 vols.), Trotta, Madrid, 1994, p. 342.

³⁶ *Ibid.*, p. 344.

³⁷ JOSÉ JIMÉNEZ LOZANO, *Meditación española sobre la libertad religiosa*, p. 23.

³⁸ JOSÉ JIMÉNEZ LOZANO, *La ronquera de fray Luis y otras inquisiciones*, Destino, Barcelona, 1973, p. 168.

español se alejase de cualquier confrontación de la propia fe con otras cosmovisiones, y eso fue lo que lo hizo «conformista primero, y la ha hecho permanecer luego [a la fe] en un estado infantil que en seguida se ha mostrado inservible, heterogéneo en relación con las realidades y la cultura profanas y la problemática que plantean»³⁹.

En gran medida, como ya vieron muy bien don Miguel de Unamuno y don Marcelino Menéndez Pelayo, el catolicismo oficial, esa socialización, politización y castificación del catolicismo, de que antes hablaba, han sido un escondite y un instrumento para muchas indiferencias religiosas y, al despersonalizar la fe, al hacer de la fe una cuestión social, comunitaria y política antes que lo que es: la cotidiana batalla de amor con Dios, la han superficializado y expuesto a los más leves vientos de la Historia y a las transformaciones de la vida diaria: la política, la economía, el medio ambiente, la geografía, incluso⁴⁰.

Con esto se ha mostrado suficientemente el planteamiento de origen de José Jiménez Lozano ante el catolicismo español. Él, sin embargo, fue un católico sincero, aunque detestaba que se le tachase de «escritor católico» –y aún más de intelectual católico– y que se asociase la palabra «católico» a un oficio o a cualquier cometido social. Su propia posición inquieta se ve reflejada en estas palabras sobre la lectura de Unamuno en las que podrían reconocerse otros intelectuales de su tiempo:

Nuestra formación religiosa, hartamente deficiente, quedaba herida de muerte tras la lectura de *La agonía del cristianismo* o *Vida de San Manuel Bueno*, pero ya sabíamos una cosa: que Dios es la única realidad necesaria y la muerte y la resurrección los únicos problemas humanos y metafísicos. Nuestra fe aceptada por inercia de educación, de manera rutinaria e inconsciente y que, desde luego, no nos hacía reflexionar demasiado, ni, por ende, vivirla, caía ante este inquietador máximo de las conciencias, de tormentosa conciencia protestante por añadidura, de manera que se puede decir que las generaciones de jóvenes que luego hemos manifestado una profunda conciencia católica, hemos sido en cierto sentido generaciones de «convertidos» porque hemos conquistado nuestra fe católica contra todos los embates de la duda y el terror de la nada, contra la rutina de nuestro catolicismo de «cristianos viejos» tan cómodo y ventajoso, a punta de oración, de reflexión, de amor, de comprensión⁴¹.

³⁹ *Ibid.*, p. 172.

⁴⁰ *Ibid.*, p. 173.

⁴¹ JOSÉ JIMÉNEZ LOZANO, *Meditación española sobre la libertad religiosa*, p. 95.

La «aventura espiritual» de la heterodoxia

Ante un catolicismo combativo y político y cuya consecuencia principal es que «el católico español llega a sentirse dispensado de una fe personal y, desde luego, de las conductas que implican la ética cristiana o los preceptos eclesiásticos»⁴², no es de extrañar que el cristiano se asome a la heterodoxia, por interés, sobre todo, de acercarse a verdaderas aventuras espirituales. Jiménez Lozano no fue un heterodoxo, pero sí se fijó en «esos heterodoxos [que] nos han servido de contraste de nuestra propia creencia precisamente porque denunciaron todos los recovecos del pobre corazón humano que, en esta parte del globo, busca el egoísmo, la hipocresía, la sensualidad, el odio, la estupidez o la avaricia, para anidar en ellos con el gran pretexto del catolicismo y del amparo de la cruz»⁴³. En octubre de 1967 escribía estas palabras a Américo Castro:

Me ha preocupado y me preocupa menos la ortodoxia que la sustancia de la fe y he aprendido más del cristianismo en escritores no cristianos que avalan al hombre que en tantos cristianos para los que la trascendencia y lo sobrenatural es un puro escapismo –en eso tienen razón los marxistas– e incluso una ceguera, una cegazón para amar a los hombres. Si yo no hubiera tropezado muy pronto con un catolicismo liberal, paulino, laico, probablemente no sería cristiano⁴⁴.

Y hace referencia aquí a tantas lecturas –Jiménez Lozano fue un lector verdaderamente prolijo y fecundo– que van desde Péguy, Bernanos, Mauriac, Massignon, Sainte-Beuve, Julien Green, Emily Dickinson Flannery O'Connor o Simone Weil, pasando por los grandes teólogos del Concilio o los que constituyen la que él llama su «familia espiritual», entre quienes, además de algunos citados, encontramos a Cervantes y Shakespeare, a san Juan de la Cruz y santa Teresa –la Teresa, la llamaba–, a Pascal, Spinoza, John Donne, Kierkegaard, las hermanas Brontë, Dostoievski, Eliot, Unamuno, Azorín, Antonio Machado, Faulkner, y hasta autores japoneses como Endo, Kawabata o Tanizaki... Entre tantos otros.

Estas compañías espirituales fueron configurando la *seriedad* del ánimo de José Jiménez Lozano. Es lo que hace escribir a Martín Descalzo, en el Prólogo a *Un cristiano en rebeldía*, que «Jiménez Lozano no es un escritor cómodo; leyéndole uno siente que toda el alma se le pone en pie»⁴⁵. Y así es.

⁴² JOSÉ JIMÉNEZ LOZANO, *Los cementerios civiles y la heterodoxia española*, Seix Barral, Barcelona, 2008 (primera edición de 1978).

⁴³ JOSÉ JIMÉNEZ LOZANO, *Meditación española sobre la libertad religiosa*, p. 96.

⁴⁴ AMÉRICO CASTRO y JOSÉ JIMÉNEZ LOZANO, *Correspondencia 1967-1972*, p. 93.

⁴⁵ JOSÉ JIMÉNEZ LOZANO, *Un cristiano en rebeldía*, Sígueme, Salamanca, 1963, Prólogo de J. L. Martín Descalzo, p. 11.

Pero en este apartado hay que hacer mención especial del libro *Parábolas y circunloquios de Rabí Isaac Ben Yehuda (1325-1402)*, de 1985, sobre el que cuenta Jiménez Lozano una anécdota divertida: la protesta de un profesor americano que le escribió muy enfadado expresándole que aquello era «una indigna e intolerable falsificación histórica», tanto por el personaje protagonista como por lo que se asegura en el libro acerca de que dicho texto fue hallado en la biblioteca de Kafka. Con la libertad que siempre le caracterizó, nuestro autor escribe sobre el mencionado profesor: «lo siento por él, pero, desde luego, un narrador no puede tener mayor satisfacción que esta: es como si Cervantes hubiera recibido una carta de Cide Hamete Benengeli, tachándole de impostor. Es precioso»⁴⁶.

Lo impresionante de este libro es la fidelidad a Dios (a un Dios llamativamente personal) vivida por el protagonista, rabí Isaac Ben Yehuda, a pesar de las humillaciones padecidas por su labor de explicar y comunicar la Palabra de Yahvé, o su lectura creyente de algunos episodios vividos por personajes controvertidos de la Biblia, de los que se revela un lado oculto que solo desde la fe puede apreciarse. El texto transmite la gravedad de la elección divina, pues cuando Yahvé elige a alguien a éste se le trastoca la vida; y muestra, en definitiva, el valor, el peso, la importancia de la fe en la vida humana cuando la fe es tomada en serio. Porque la fe, para Jiménez Lozano, entraña una seriedad esencial y una vivencia existencial sin precedentes, y no puede sostenerse sin un auténtico diálogo con Dios, tan difícil como apasionante: «A Yahvé le gusta esconderse y disfrazarse, y el disfraz que más le gusta es el del sufrimiento y el ateísmo, el del propio diablo; y tenemos que desenmascararle, esperando en Él, aunque nos mate»⁴⁷. Es la confianza de fondo, a toda costa, que hace al protagonista del libro cambiar las versiones de la historia santa alumbrándolas con un amor terrible, desconcertante, como el que Jesús pide a Judas en el capítulo «El beso». O la narración del capítulo «Sed como Caín», donde Caín mata a Abel «como protesta ante la arbitrariedad de Yahvé», que aparece como caprichoso, admirado ante Abel e ignorando los esfuerzos de Caín, quien le pide explicaciones por su actitud desdeñosa con él, pero Yahvé no se las da... Entonces es Caín quien reprende a Yahvé, y Yahvé se encoleriza con él, pero recapacita y acaba comprendiendo que Caín tenía razón al quejarse de su injusticia y arbitrariedad. «Pero todavía algunas veces parece apartarse y no da razones ni explicaciones de sus proceder, y el

⁴⁶ JOSÉ JIMÉNEZ LOZANO, *Unas cuantas confidencias*, Catálogo de la exposición «José Jiménez Lozano. Premio Nacional de las Letras Españolas 1992», Ministerio de Cultura, Círculo de Bellas Artes y Fundación General del Libro, Madrid, 1993, p. 22.

⁴⁷ JOSÉ JIMÉNEZ LOZANO, *Parábolas y circunloquios de rabí Isaac Ben Yehuda (1325-1402)*, Anthropos, Barcelona, 1985, p. 48.

hombre tiene que exigírselas»⁴⁸. Y esta es la clave del libro: el diálogo permanente entre el rabino y su Dios, y la gran misericordia que muestran uno con otro. Isaac Ben Yehuda le da la vuelta a la historia narrándola desde la fe, pero una fe capaz de mirar más lejos, y por eso resulta escandalosa a quien detenta posturas ortodoxas que son incapaces de tal mirada. Es un libro conmovedor, colmado de símbolos y de mensajes profundos.

La fe que Jiménez Lozano muestra en este texto y en toda su obra es una fe seria y entrañada, una fe encarnada en la vida, pero sin estridencias. Nuestro autor fue un cristiano cabal a quien le gustaba presentar como imagen del creyente a un hombre que fuma su pipa cuando cae la tarde; toma esta imagen de Kierkegaard, y viene a representar con ella a un ser humano corriente que vive en sus adentros la interpelación de la fe y no se conforma con «esa mezcolanza de la cruz con todos los honores, la riqueza y los poderes de este mundo», que es a lo que estamos acostumbrados a llamar cristianismo⁴⁹. Por eso a Jiménez Lozano no le gustaba ser tachado de «escritor católico», porque comprende y difunde que es la vivencia de la fe en los propios adentros –solo tal vivencia– la que hace cristiana o católica a una persona.

Jiménez Lozano, nuestro jansenista

El jansenismo, una forma de catolicismo tan opuesta al catolicismo español, y que cuajó en Francia en el siglo XVII, en torno al monasterio de Port-Royal des Champs, fundado a comienzos del siglo XIII, y de su filial parisina –nuestro autor se fija especialmente en la casa madre–, forma parte esencial del mundo de Jiménez Lozano. Al entorno jansenista pertenecieron Pascal y sus hermanas y tantos otros notables del *Grand siècle* francés. Jiménez Lozano, una de cuyas lecturas principales fue la monumental historia de Port-Royal de Sainte-Beuve, anota estas palabras en su primer diario: «Por estas tierras [se refiere a España] ya se había aplastado toda religiosidad interior, y teologizado como pecaminosa y heterodoxa toda independencia de la conciencia personal, y, desde luego, liquidado todo paulinismo. Lo que podríamos llamar el jansenismo ‘avant la lettre’ castellano había tenido que emigrar y sus restos del XVIII llegados aquí por influencia francesa fueron igualmente sofocados»⁵⁰. Un mundo, pues, al que nuestro autor se acoge por la atracción que sobre él ejerce un cristianismo interior, existencial, auténtico, al que llega a través de su amplio universo de lecturas, especialmente de autores franceses.

⁴⁸ *Ibid.*, p. 58.

⁴⁹ Véase «Una pipa al atardecer» en *La ronquera de fray Luis y otras inquisiciones*, op. cit., p. 244.

⁵⁰ JOSÉ JIMÉNEZ LOZANO, *Los tres cuadernos rojos*, Ámbito, Valladolid, 1986, p. 149.

La primera novela de José Jiménez Lozano, *Historia de un otoño*, vio la luz en 1971. Es una recreación de la resistencia de las monjas del monasterio de Port-Royal des Champs a abjurar de las doctrinas jansenistas, y la consiguiente orden de dispersión de las religiosas, que fueron trasladadas a otros conventos y monasterios franceses; a ello siguió la destrucción de Port-Royal des Champs ordenada por el rey. Fue la venganza de Luis XIV ante el movimiento jansenista, que se había convertido en uno de sus mayores contrincantes. Versalles y Port-Royal fueron los dos grandes focos de influencia social en Francia durante el *Grand siècle*; eran dos lugares próximos, pues el valle de Chevreuse, donde se ubicaba el monasterio, no dista mucho de Versalles. A Port-Royal, en torno al cual se había generado un movimiento cristiano de espiritualidad agustiniana, acudían muchos notables de la sociedad francesa, entre los que hay que destacar unos cuantos varones influyentes, provenientes casi todos de la llamada «petite noblesse de robe» –pequeña nobleza togada–, que se conocían como «solitarios». Los solitarios habían dejado su vida en el mundo para instalarse al lado del monasterio, pero seguían siendo laicos que cultivaban la fe mediante la vivencia de una espiritualidad interior muy inspirada en las enseñanzas de San Agustín. Port-Royal y el movimiento que surge en torno al monasterio venían a recordar a la corte de Luis XIV la seriedad de la vida cristiana frente a las frívolas costumbres cortesanas, amparadas en tantos casos por las condescendencias casuistas admitidas por clérigos de la Compañía de Jesús. Este es el mundo de contrastes que pinta Jiménez Lozano en *Historia de un otoño*; en él aparecen Pascal, Racine o Molière, autores todos ellos del *Grand siècle*, y, en el caso de Pascal, un verdadero devoto del jansenismo, que defendería con ahínco en sus *Cartas provinciales*.

¿Qué fue lo que atrajo a José Jiménez Lozano de aquella realidad francesa del XVII? Probablemente la autenticidad de la vivencia religiosa, su cristianismo de implicación personal, edificado desde el centro del alma en la espiritualidad agustiniana, bien arraigado en la vida, y la libertad personal lograda como consecuencia de tal vivencia, que iría consolidando en el cristiano que así vivía toda una ética –y hasta una estética– de lo verdadero⁵¹. Port-Royal representa para nuestro autor ese mundo religioso que no halló en su propia patria, pero también la resistencia al poder y la preservación de la conciencia como lugar íntimo e inalienable de resguardo del yo personal. En no pocas ocasiones cita Jiménez Lozano las palabras del abbé de Saint-Cyran referidas a los «seis pies de territorio de alma en el que nunca deben poner ni imponer su imperio, ni ser temidos, *ni chancelier ni personne*, ‘ni canciller ni nadie’»⁵²; podría decirse de ellas que constituyen una fórmula emblemática de lo que es Port-Royal. Por eso queda admi-

⁵¹ JOSÉ JIMÉNEZ LOZANO, *Retratos y naturalezas muertas*, Trotta, Madrid, 2000, p. 160.

⁵² *Ibid.*, p. 125.

rado ante la historia de las monjas de Port-Royal des Champs y la negación de estas a firmar un formulario sobre cinco cuestiones teológicas que supuestamente figuraban en un libro (*Augustinus*, de Jansenio) en el que sus directores espirituales se basaban, pero que ellas no podían leer para comprobar si estaban allí presentes, y, por lo tanto, nada podían afirmar ni negar al respecto. Las monjas se negaron a firmar porque su conciencia les impedía pronunciarse sobre algo que desconocían, y porque sabían que la conciencia solo pertenece a Dios, y no podían, por lo tanto, someterla al rey, pero tampoco al papa. Este mundo de libertad y de cristianismo serio llega a ser el mundo de Jiménez Lozano, que tanto amaba la libertad y la hondura de la que llamaba «vida de los adentros». Y escribe, comentando la transformación que hizo revivir a la comunidad de Port-Royal, llevada a cabo por las hermanas Arnauld, Angélique y Agnès:

El locus amoenus se convirtió, más que en el *hortus conclusus* o «jardín cerrado» de la tradición amorosa y mística, en el paradigma de un monasterio cisterciense de observancia muy estricta, con el añadido del espíritu jansenista, que era como un «plus» de rechazo del mundo y búsqueda y entrega al *Deus absconditus*. Y pronto se convirtió en el centro de quienes en el mundo también habían sido tocados por «la conversión», el dedo de Dios.

En el plano político, el jansenismo y los jansenistas, cuyo sentimiento profundo era ése, independientemente de los aspectos teológicos técnicos en torno a las discusiones sobre la Gracia, que fueron asunto de una minoría, resultaban intranquilizadores. Su Eminencia Du Plessis de Richelieu había dicho al abate de Saint-Cyran, a quien encerró en Vincennes, que la mezcla en su persona del espíritu de la fe y del espíritu de libertad le hacía más temible que seis ejércitos; y, para Luis XIV, que veía allí, en aquella Casa de Port-Royal, unas monjas obstinadas y en torno suyo a la burguesía parlamentaria y a bastantes nobles no maleables, se trataba de un nido de republicanos⁵³.

Este mundo jansenista, del que nuestro autor destaca numerosos aspectos éticos o estéticos y tantos personajes a los que considera de su propia «familia espiritual», representa la singularidad y el valor del alma humana. Muchas veces se refiere Jiménez Lozano a aquella advertencia de Cervantes por la que recordaba a sus lectores que tienen un ánima. Eso mismo viene a recordarnos nuestro autor, para quien el «no» de las monjas a Luis XIV, y al papa, a los obispos, a la institución universitaria y a cualquier ejercicio de fuerza sobre las conciencias, es «el primer acto de una conciencia civil en la modernidad histórica o incluso en la pre-modernidad, si se quiere. Es la afirmación de la autonomía de una conciencia frente a cualquier poder. [...] Se las aplastó y machacó, pero siguieron

⁵³ *Ibid.*, p. 168.

diciendo NO. Hay que quitarse el sombrero»⁵⁴. Y en la misma conversación con Gurutze Galparsoro podemos leer:

Viéndolas y escuchándolas, leyéndolas, se siente el orgullo de la dignidad humana, del absoluto de la conciencia personal. Cuando el «yo» está tan anestesiado o quizás ya muerto en nuestra civilización, ¿cómo no recordar esa historia y a aquellas extraordinarias mujeres?⁵⁵

Porque el tema del yo es otro de los asuntos centrales en José Jiménez Lozano, tanto por su reconocimiento del valor del ser humano como porque señala el riesgo de su menosprecio por parte del poder; nuestro autor es un avisador de la pérdida o desmoronamiento del yo personal en un mundo cada vez más intervenido por instancias ajenas a él, que le constriñen al infame encorsetamiento de la «corrección política», por ejemplo. No se refiere con esto al *moi haissable* u odioso ego de Pascal, sino al olvido de que se tiene un ánima, exigido por cualquier poder de este mundo:

Esto de la «corrección política» se basa en algo así como en una especie de invasión de la misericordia, que haría del mundo una balsa remansada en la igualdad y la hermandad. Pero se trata más bien de la moda o de la peste de lo que ya se llama «el buenismo», que comienza por el viejísimo expediente de una nueva gramática a la que se refería Orwell, pero que ya está en el rey Nimrod, el constructor de la Torre de Babel que logró que todo el mundo abriera la boca del mismo modo para que pensase lo mismo, y de la que, desde luego, ya habló Tucídides con pelos y señales, al referirse a los terribles sucesos de Corcira, durante las guerras del Peloponeso, como necesaria para justificar lo peor⁵⁶.

Cuando Jiménez Lozano comenzó en *El Norte de Castilla*, Miguel Delibes le ofreció escribir en la sección semanal «Ciudad de Dios», y después en la de «Cartas de un cristiano en rebeldía»; y le definió como «amante de la verdad, destructor de la sociedad de consumo, independiente de toda organización y cualquier tipo de oficialismo, enamorado de lo pequeño, de lo aparentemente inane»⁵⁷, o como «cristiano postconciliar antes del concilio»⁵⁸. Y son de un valor enorme, también para nuestra actual reflexión cristiana, los artículos de la sección «Cartas

⁵⁴ JOSÉ JIMÉNEZ LOZANO Y GURUTZE GALPARSORO, *Una estancia holandesa. Conversación*, Anthropos, Barcelona, 1998, pp. 24-25.

⁵⁵ *Ibid.*, p. 25.

⁵⁶ JOSÉ JIMÉNEZ LOZANO, *Los cuadernos de Rembrandt, Pre-textos*, Valencia, 2010, p. 217.

⁵⁷ MIGUEL DELIBES, «Reconocimiento de un gran escritor», ABC, 23 de julio de 1989.

⁵⁸ AMÉRICO CASTRO y JOSÉ JIMÉNEZ LOZANO, *Correspondencia 1967-1972*.

de un cristiano impaciente», del semanario Destino, recogidos en parte en *La ronquera de Fray Luis y otras inquisiciones*, en cuyo Prólogo escribía Aranguren:

Las tres cosas que, probablemente, admiro más en el autor de este libro son ese conocimiento en detalle histórico del catolicismo español [...], su independencia de criterio, y lo que llamaré sencillez personal, mejor que modestia.

Sean estas palabras homenaje a su memoria y un testimonio de su cristianismo sereno, libre y profundo.